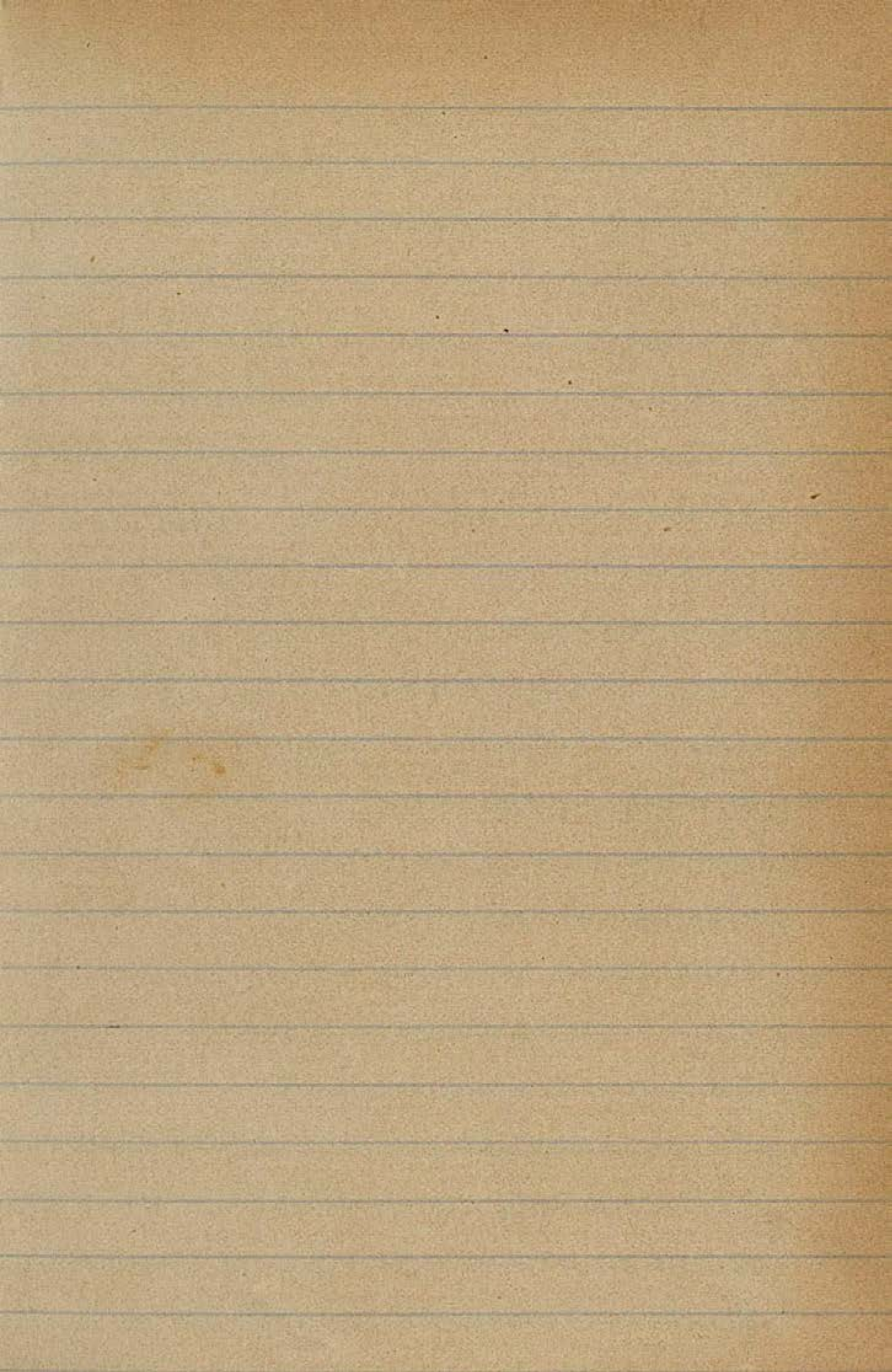
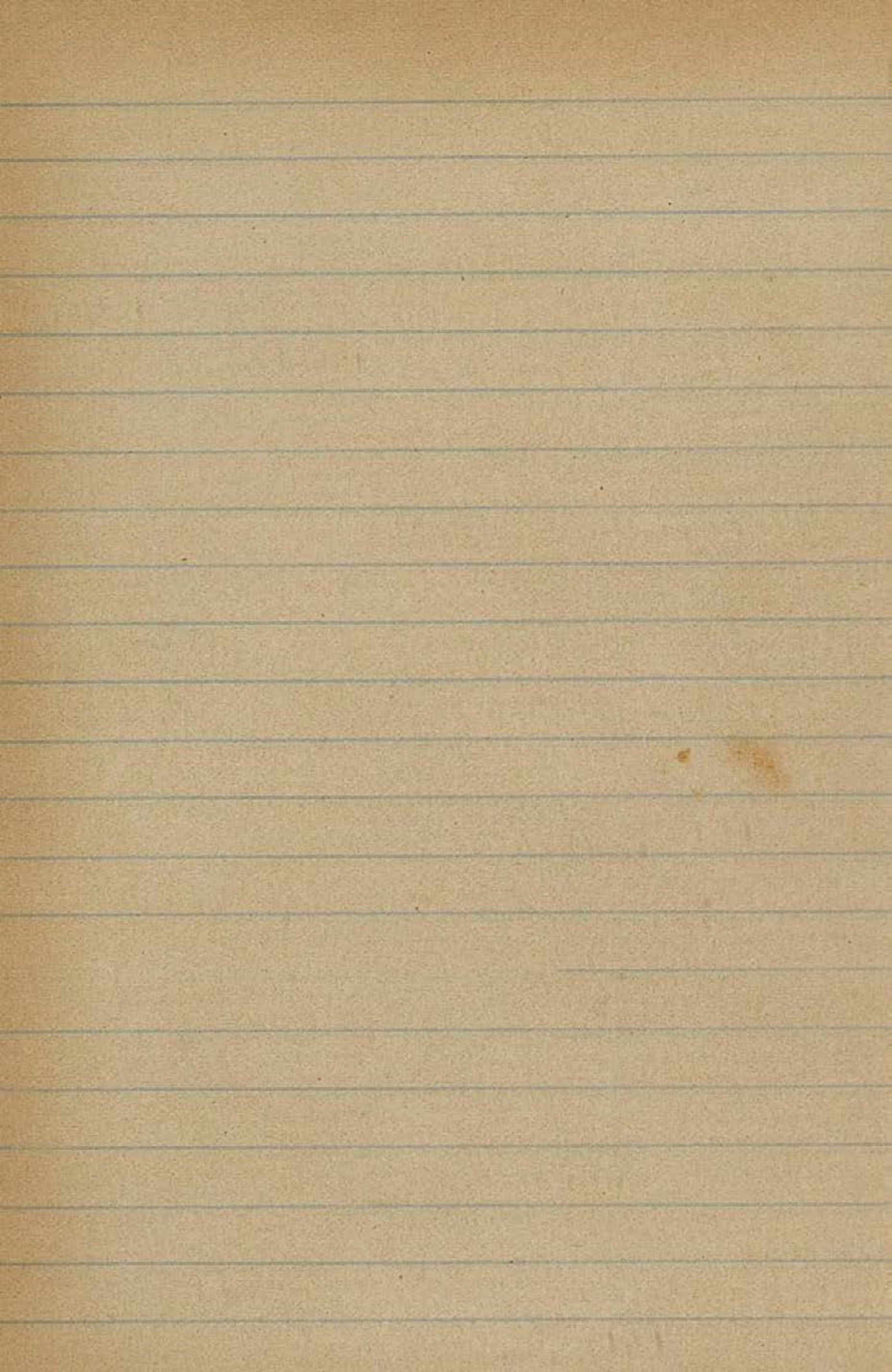






SERMON

PREDICADO

EN LA IGLESIA CATOLICA DE GIBRALTAR

EN LA SOLEMNE PROFESION

QUE HIZO EN EL INSTITUTO RELIGIOSO DE NTRA. SRA. DE LORETO

LA NOVICIA SOR MARIA DE LOS DOLORES

MARTINEZ ALOISIA

POR EL DR. D. JOSÉ MARÍA DE URQUINAONA,

DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ

Y MISIONERO APOSTÓLICO.

CON ASISTENCIA DEL ILMO. SR. D. JUAN B. SCANDELLA,

OBISPO DE ANTINOE Y VICARIO APOSTÓLICO DE LA

DICHA CIUDAD.

Dia 2 de Julio de 1864.

CÁDIZ.

LIBRERÍA DE EDUARDO GAUTIER,

CALLE DE S. FRANCISCO, NUM. 25.

1864.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,
CALLE DE LA BOMBA, NÚM. 1.
1864.

Al Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Bautista Scandella, Obispo de Antinoe y Vicario Apostólico de Gibraltar.

ILMO. SR.

La sola circunstancia de haberme V. S. I. encomendado este sermon y pedirme despues una copia de él para darlo á la prensa, era ya motivo muy suficiente para que le dedicara yo su publicacion. Pero se agregan todavía á ello razones que valen mucho en mi aprecio, cuales son la amistad con que V. S. I. me favorece y sus pastorales desvelos por el instituto de Ntra. Señora de Loreto, y por la virtuosa jóven cuya solemne profesion forma el asunto de este discurso. Dígnese, pues, V. S. I. aceptarlo como un homenage de mi sincero afecto y de la alta consideracion debida á su elevado ministerio. Gibraltar 7 de Julio de 1864.

ILMO. SR.

Su mas afecto servidor y Capellan

Q. B. S. A.

José Maria de Urquinaona.

✠

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
JOAN. EP. 1. C. 5. V. 4.

Esta es la victoria que vence al mundo nuestra fé.

¡Qué diferencia tan notable hay entre la fé humana y la divina! entre la fé del libre ecsámen y la del respetuoso asenso de nuestra alma subordinada al oráculo de la revelacion, entre la fé que como simple parto de nuestra inteligencia concebimos por nosotros mismos, y la que como don del cielo nos infunde la Divina Misericordia segun place á su soberana voluntad, entre la fé del protestantismo, en una palabra, y la de la Iglesia Católica. Aquella así como es impotente para dar la verdad á nuestra inteligencia, lo es tambien para inspirar la virtud al corazon.

Mas ha de tres siglos que vienen las sectas que se llaman reformadas con la Escritura en la mano multiplicando sus comuniones religiosas, tan varias

y tan contrarias entre sí como por necesidad lo han de ser siempre los pensamientos y las opiniones de los hombres; y al modo que no han tenido ojos para ver la verdad del Evangelio que anunció en medio del mundo Jesucristo, tampoco han tenido corazon para abrigar su espíritu, desarrollado en sus ejemplos y en sus mácsimas, que forman la santidad de su ley y la perfeccion de su moral. Esa fé tan decantada con que el protestante pretende justificar al hombre sin penitencia y llevarle hasta el cielo sin mas apoyo que la confianza desmedida en los méritos del Salvador, esa fé divorciada de la caridad y de los Sacramentos, con la cual el hombre no cree sino á medias en Jesucristo, carece de virtud para triunfar de las concupiscencias del mundo, para sacudir el yugo de las pasiones y levantarnos á la altura á que Jesucristo se propuso elevar nuestra generacion, cuando abriéndonos con su ejemplo la senda sublime de la moral evangélica nos dijo que nos negáramos á nosotros mismos y tomáramos la cruz y le siguiéramos por la huella de justificacion, que marcada con su propia sangre nos dejó él sobre la tierra. (1)

Estos grandes principios de virtud no caben en la fé del protestante: por mas que lee y medita la Biblia, donde ellos se encuentran consignados, ó no los vé, ó no los comprende, ó no se resuelve á practicarlos, ó pretende sustituirlos con el religioso homenaje de una creencia y confianza superficial que

para nada influye en nuestras costumbres; de donde resulta que al abrigo de su fé se nutren las pasiones, que bien lejos de vencer con ella al mundo, sirve á todos sus caprichos, que renuncia como cosa inútil ó como empresa imposible á la perfeccion del Evangelio.

Sola la fé de la Iglesia Católica, esa fé divina que recibe ella del cielo y nos trasmite en el sacramento de nuestra regeneracion sobrenatural, esa fé que nos comunica con su predicacion, como lo encarece el Apóstol, (2) no poniéndonos en la mano las santas escrituras y entregando sus misterios y sus dogmas á merced de nuestros caprichos, sino ilustrando nuestro corazon y nuestra inteligencia con la palabra de Dios, que Jesucristo autor de la revelacion y fundador del cristianismo ha puesto en sus labios: esa fé que se desarrolla en nuestra alma con su enseñanza, en fuerza de la mision que ha recibido del cielo para infundirnos esta principal virtud, esa fé que cree sin discusion, sin exámen, sin divisiones ni dudas, que acepta cuantas verdades comprende la revelacion y las cree firmemente, no porque estén en armonía con la razon, sino porque Dios las ha revelado y la Iglesia las sanciona con su autoridad infalible: esa fé es la que justifica al mundo, la que triunfó de todas las supersticiones y todos los vicios, reformando las costumbres de los hombres y produciendo un cambio admirable en el Universo, que forma la página mas brillante del cristianismo: esa fé

es el elemento divino que sostiene la vida del justo, segun la frase del Apóstol (3) trayéndole á la piscina de la penitencia para purificarle de las manchas que contrajo en el siglo, á la mesa eucarística para nutrirle con el pan de la vida eterna, á la escuela de la religion para formarle en la virtud, y á los templos, donde habita el Dios de la Majestad, para edificarle con las prácticas piadosas y las ceremonias santas de nuestro culto.

A esta fe debe la Iglesia Católica el título glorioso de santa que ninguna otra religion le puede disputar, porque solo ella posee el gran secreto de acabar con nuestras pasiones, de levantar nuestro corazon por encima del mundo y fijarlo en Dios é identificarlo con él, alcanzándole su perfecta semejanza, la identidad en el pensar y en el obrar con Jesucristo, que es la verdad y la santidad por esencia. Tan fecundo ha sido el Catolicismo en esta obra de justificacion, que nadie puede contar el número de sus santos: tan constante, que los prodigios de virtud vienen reproduciéndose y multiplicándose en su seno en todos los siglos. Nada vale la corrupcion mas desenfrenada para quitar á su fé esa accion poderosa que ejerce en nuestra alma: en medio de los encantos del mundo nos hace ella vivir para Dios; y todavía hace mas, señores; nos inspira la resolucion heróica de renunciar solemnemente cuanto el mundo ofrece de mas lisonjero al corazon humano, por alcanzar la perfeccion

de la virtud, que á fuerza de violencias y sacrificios identifica al hombre con Jesucristo, como de sí mismo lo asegura el Apóstol (4). De estos prodigios ni siquiera uno puede presentarnos el protestantismo, mientras la Iglesia Católica los ofrece á la vista por todas partes. Lo que vá de fé á fé, señores.

¡Oh y que espectáculo tan interesante tenemos ahora mismo delante de los ojos! Ved ahí á la fé católica triunfando gloriosamente del mundo, ved á una jóven ilustre, en la flor de sus años, hollando con valentía heróica todas sus concupiscencias, (5) volviendo la espalda á sus encantos, renunciando sus placeres, sus comodidades, sus ilusiones, sus títulos de gloria, dejándolo todo por la cruz de Jesucristo, levantando muy alto su voz por encima de la charlatanería del siglo, sin temer sus censuras ni sus insultos, para decir toda inflamada en caridad divina, que fuera de Dios nada apetece sobre la tierra, ni tiene que pedir al cielo, que su corazon todo entero lo consagra á Jesucristo, con quien se desposa solemnemente, para no amar sino á él mientras duren los dias de su existencia: que el blanco de todas sus esperanzas es el mismo Dios, á quien se promete poseer en la eternidad gozando de su bienaventuranza y su gloria, con todas las preeminencias que á sus castas esposas tiene preparado el Cordero Inmaculado en esa mansion divina de la virtud y la felicidad.

¿Dónde, señores, en qué religion del mundo se ha

oido jamás este lenguaje por excelencia evangélico? ¿Dónde sino en la Iglesia Católica se representan escenas de este género, que revelan todo el poder de la gracia de Dios, obrando prodigios de virtud en el corazon humano? Delante de ellos es menester taparse los ojos para no ver su divinidad, pues nada mas cierto sino que el hombre por sí solo no es capaz de tanta virtud; cabalmente por eso no se dan estos pasos tan avanzados fuera del Catolicismo: y una religion en la que Dios se manifiesta tan cerca del hombre obrando los portentos mas grandes de su gracia, prueba á todas luces que es religion de verdad y de virtud, fundada por Dios para santificar á los hombres y elevarlos á su mas alta perfeccion. Una religion tan llena de vida, que se muestra hoy como en los tiempos apostólicos cubierta con las flores mas preciosas del Evangelio, demuestra con el testimonio irrecusable de los hechos, mal que les pese á sus calumniadores insensatos, que en nada ha degenerado de sí misma, que su fé es hoy tan pura, y su moral tan santa y sus sacramentos tan eficaces, como en aquella edad de oro, que diera tantos dias de gloria al cristianismo.

Vamos á admirarlo de lleno, señores, en el grande asunto de esta solemnidad religiosa, vamos á analizar la victoria que alcanza del mundo esa distinguida jóven profesando solemnemente el instituto monástico de Nuestra Señora de Loreto. Ya vereis cuánto es el poder de la fé católica que tales

prodigios de virtud obra en el corazon humano, y vereis asimismo los bienes inmensos que la sociedad reporta de este triunfo, y por último vereis el grado supremo de felicidad y de gloria que para sí misma alcanza el alma privilegiada que se ciñe hoy la preciosa corona de tanta virtud.

Quiera Dios que yo acierte á desenvolver estas interesantes ideas con la dignidad que corresponde á la grandeza del asunto, y que mis palabras salgan de los labios tan llenas de luz y de uncion divina, que ilustren vuestra inteligencia y muevan eficazmente vuestro corazon, haciéndoos formar santos propósitos que sirvan de gloria para Dios y sean provechosos á vuestra alma. Pidámoslo al Señor humildemente por la intercesion de la Vírgen de las Vírgenes, la Inmaculada María, madre de Dios y madre nuestra, y para obligar á esta Señora en nuestro favor saludémosla con las palabras del Arcángel.

AVE MARÍA.

Están ya para cumplirse diez y nueve siglos que la fé de la Iglesia Católica viene sirviendo de blanco á los tiros del infierno: en todas sus épocas, desde su mismo orígen se han dejado ver entre nosotros hombres de perdicion, que abusando de su inteligencia y de la revelacion misma contenida en las Santas Escrituras, trabajaron por alterar el catálogo de nuestros dogmas, ofreciendo á las genera-

ciones una fé nueva, contraria á la que del cielo nos trajo Jesucristo. No podia ser de otro modo, preciso era que el príncipe de las tinieblas se empeñara en arrancarnos esa fé divina que es el principio y raiz de nuestra justificacion, segun lo enseña el Tridentino, el fundamento de nuestras esperanzas, el arma poderosa que nos ha concedido la Divina Misericordia para triunfar de los enemigos de nuestra salvacion eterna y ceñir nuestras sienes con los laureles de la inmortalidad.

La historia del Cristianismo es á la vez la historia de las herejías, porque todas ellas han venido desarrollándose en su seno, de dia en dia, de año en año, empeñando esa lucha interminable, que es como una prueba continuada de la verdad y la divinidad del Catolicismo. Dijo muy bien San Pablo, que era conveniente hubiera errores para que las almas de fé dieran testimonio de su virtud, y se coronaran de gloria delante de Dios y de los hombres. (6)

Esta es la gloria con que aparece hoy coronada á la faz del mundo nuestra religion santa, dando testimonio de su fé en medio de la incredulidad, de la herejía, y de todos los errores, que han brotado del infierno en el transcurso de los siglos: conservando su unidad católica al través de las variaciones y contradicciones de las sectas, profesando la fé del Evangelio, que recibió de Jesucristo y predicaron los Apóstoles, sin transigir jamás con el error, sin rendir su bandera delante de sus enemigos, antes por

el contrario arrojándolos fuera de su seno, y lanzando sobre ellos terribles anatemas, que llevan consigo todo el horror y la desgracia de aquella funestísima sentencia fulminada en el mundo por Jesucristo *qui vero non crediderit condemnabitur*. (7)

No importa, señores, que el error haya tomado grandes proporciones entre nosotros, que la propaganda protestante esté minando por todas partes el Catolicismo con el depravado empeño de corromper nuestra fé, que la prensa multiplique sus producciones mas abominables contra nuestros dogmas y máximas santas: todo esto hace sin duda mas crítica la situacion de la Iglesia Católica, aumenta nuestros peligros y tambien nuestras víctimas, porque son muchos desgraciadamente los que caen en el lazo, los que se dejan sorprender de los falsos profetas, contra quienes nos encargó estuviéramos muy prevenidos Nuestro Señor Jesucristo; son muchos, innumerables, si se quiere son los mas los que se dejan arrastrar de esa corriente impetuosa que va precipitando nuestra generacion en el abismo. Pero todavía no ha faltado ni faltará nunca su fé á la Iglesia Católica, y con esa fé triunfará de sus actuales enemigos, como ha triunfado siempre, y obrará los mismos prodigios de virtud que en sus mejores tiempos, haciéndose por ellos tanto mas admirable á nuestra alma, cuanto son mas difíciles y por lo mismo ostentan mejor el poder sobrenatural que ejerce ella en nuestra alma.

Esto es cabalmente lo que quiero yo estudieis bien en la profesion religiosa de esa jóven, para que admireis toda la grandeza de su triunfo: *hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra.* Sí, gloríate una y muchas veces, alma privilegiada, de la victoria que acabas de conseguir por tu fé: con ella has agregado una piedra preciosa á la brillante corona de nuestra religion santa, llenando de confusion á sus enemigos, que por necesidad han de reconocer la poderosa influencia del Cielo en tu extraordinaria virtud. Y si ellos se niegan á declararlo, porque su ciego fanatismo no les permite prestar ese homenaje á la verdad, nosotros llenos de religioso entusiasmo tenemos una satisfaccion en confesar que tu consagracion solemne al Señor es una obra suya por excelencia, que llena de admiracion nuestra alma. *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris* (8).

¿Y quién puede, Señores, no admirarlo, tocando las particulares circunstancias de este suceso? A la mitad del siglo diez y nueve, cuando no se respira por todas partes mas que soberbia, ambicion y sensualidad; cuando esas tres concupiscencias de que se compone el mundo, segun la definicion de los libros santos, han tomado unas proporciones inmensas y constituyen como un coloso formidable, delante del cual se rinde casi toda nuestra generacion; cuando el principio de autoridad se está echando por tierra en todas partes; cuando no hay en el mun-

do quien quiera obedecer; cuando el grito de rebelion se levanta contra los padres en el hogar doméstico, y con sus voces desalmadas hace temblar los tronos y pone en alarma el santuario; cuando con nada se satisface el ansia de adquirir que devora el corazon humano, y tiene á los hombres á manera de máquinas en contínuo movimiento para aumentar sus intereses y labrarse una colosal fortuna; cuando se esplotan las minas riquísimas de la inteligencia y del arte para regalar con los goces mas delicados nuestro refinado sensualismo; cuando nuestras pasiones irritadas como nunca por los encantos y los placeres del siglo traen al hombre divorciado de su Dios, negándole sus consideraciones y sus respetos y á toda hora desgarrando los preceptos de su ley, entonces es cuando esta jóven profesa los consejos del Evangelio, cuando no como quiera se niega á las inicuas seducciones del mundo, retrayendo su voluntad de todo lo que nos ha vedado el cielo, contestando *non licet* al convite que le hace de sus desordenadas concupiscencias; sino que despreciándolo por completo dice resueltamente que nada quiere de él, que no quiere ni aun lo que es lícito, ni aun lo que Dios permite al hombre, ni aun lo que puede gozarse dentro de los límites de una vida cristiana; que quiere vivir siempre de obediencia y ser pobre y vírgen hasta la muerte, que prefiere las privaciones y los trabajos de la vida religiosa á todas las satisfacciones del siglo, que su corazon no encuen-

tra verdaderos goces sino en la cruz de Jesucristo, y con ella quiere abrazarse hasta morir.

¿Comprendeis todo lo grande de este triunfo? Pensadlo bien, los que no teneis resolucion para atropellar siquiera una consideracion, un respeto humano, cuando se atraviesan en la senda de la ley, los que os encontrais sin fuerzas para consumar un ligero sacrificio en la práctica de las virtudes mas esenciales al cristiano, los que por no haceros una violencia dejais tantas veces de cumplir con obligaciones gravísimas que ligan nuestra conciencia, los que á cada paso cedeis al imperio de vuestras pasiones y sacrificais á los caprichos del mundo el alma y la existencia que debeis al Señor, los que teneis por muy pesada la carga de sus mandamientos y reputais insoportable el yugo de la penitencia que nos impone la Iglesia nuestra Madre, como absolutamente necesario para nuestra salvacion. Pensadlo bien, sí; haceos cargo de toda la grandeza de alma que se necesita para renunciar de una vez cuanto el mundo ama, y renunciarlo para siempre, haciéndose una obligacion sagrada consignada en tres votos perpetuos de profesar hasta la muerte la castidad, la pobreza y la obediencia evangélica, de vivir siempre en la casa de Dios sin pensar mas que en agradarle, santificando con el ejercicio de todas las virtudes el cuerpo y el espíritu, segun cumple á la vírgen del Evangelio, como lo testifica el Apóstol (9).

La victoria, Señores, no puede ser mas completa: el mundo no tiene ya parte alguna en el corazon de esa jóven: lo mismo sus bienes que sus honores, sus placeres y sus galas, todo todo se nos muestra debajo de sus pies; hasta de sus vestidos se ha desnudado, tomando un trage de virtud santificado por la Religion, que nos la presenta transformada en su cuerpo como lo está en su alma, parecida, mas bien que á los moradores de la tierra, á los ángeles del cielo, con quienes se identifica enteramente en su pureza y su santidad.

Delante de ese triunfo la impiedad tiene que confundirse; no puede ni aun desplegar sus labios para manchar este acto heróico de virtud, como suele hacerlo con otras jóvenes que ofrecen al Señor tan grande sacrificio, atribuyendo su decision por la vida religiosa á tristes desengaños de pasiones violentas del corazon, á ilusiones de una imaginacion débil ó arrebatada, á cálculos egoistas, que buscan en la religion la suerte de que carecen en el mundo. Nada de esto tiene lugar en la señorita Doña María de los Dolores Martinez. Su corazon ha venido vírgen á la religion. Su tierna edad cuando se colocó para educarse en esta casa religiosa, no era susceptible de pasiones violentas (10); entonces no conocia ella al mundo, y despues se ha procurado bien que lo conozca, se le han hecho cuantas esplicaciones puede sugerir la prudencia humana, para que comprenda todo lo que renuncia y á todo lo que se obli-

ga por su profesion religiosa. No como quiera se ha examinado detenidamente su vocacion, sino que se ha trabajado con las pruebas mas esquisitas, hasta producirse un convencimiento íntimo en todas las entendidas y respetables personas que se han ocupado en este delicado asunto de que su vocacion es legítima, de que su determinacion ha sido bien meditada, de que nace de una voluntad espontánea, decidida, inapeable (11): y para llevar á cabo sus santos propósitos esta distinguida jóven renuncia la brillante fortuna que la Divina Providencia le concediera en el mundo, siendo su mas ardiente deseo que otros disfruten sus bienes, mientras ella se saborea con las espinas de la cruz (12). Qué victoria tan grande, señores! qué triunfo tan magnífico!

Y de dónde saca esta jóven virtud para tanto? Ah! la saca del cielo: es Dios quien obra esos grandes prodigios dentro de su alma: *hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra*. La fé sobrenatural que recibió ella de la Iglesia Católica, esa fé divina que se ha desarrollado y perfeccionado en su alma con la educacion religiosa, esa fé que ha dado al cristianismo un ejército numerosísimo de mártires, de confesores y de vírgenes, esa es la que ha inspirado á la señorita Doña María Dolores Martinez una resolucion tan magnánima, y le ha comunicado un esfuerzo sobrenatural para acometer tan grande empresa. *hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra*.

¡Ay! Cuán cierto es, señores, segun lo declaró

nuestro Divino Salvador, que el Padre Soberano de las luces esconde su sabiduría de los prudentes y sabios del siglo, mientras revela sus mas altos secretos á los humildes de corazon (13). Lo que no ven los protestantes con la Biblia en la mano, lo que muchos católicos presumidos de su talento y su ciencia no conocen, porque se desdeñan de recibir la enseñanza de la Iglesia, lo percibe con una claridad admirable esa jovencita tierna en el santo recogimiento de su oracion. Las palabras de vida eterna que oye de nuestros labios sacerdotales esplicando los consejos del Evangelio, que sancionó en el mundo Jesucristo, inflaman su alma en el santo deseo de negarse á sí misma, y tomar la cruz y seguir al Salvador, de repartir su rica hacienda y consagrarse á Dios, de renunciar los placeres del sentido por el reino de los cielos. En alas de su fé se remonta en espíritu hasta la gloria, y contemplando allí el reinado magnífico preparado á los que en el mundo lo dejan todo por Dios, con mano esforzada corta los lazos que ligan su corazon á la tierra, con la decision y la valentía de un héroe se coloca en cuerpo y en alma sobre el ara de la religion para consumar hasta la muerte el sacrificio de la perfeccion evangélica, y muy satisfecha de su triunfo dice con semblante risueño mirando á los amadores del siglo: *hæc requies mea in sæculum sæculi, hic habitabo quoniam elegi eam* (14). Esta será ya mi morada para siempre; aquí habita-

ré yo hasta la muerte entre las esposas de Jesus, porque así lo quiere mi alma, porque esta es mi voluntad.

Veis hasta dónde llega el alma con su fé en el seno de la Iglesia católica? Veis cuánta sabiduría y cuánta virtud recoge de ella nuestro espíritu para conocer bien al mundo y para vencerlo despreciándolo todo por Dios? Veis cuál es el verdadero cimiento de nuestros claustros y de nuestros institutos religiosos? Nuestra fé católica, señores, el Evangelio, tal como lo predicó Jesucristo, como lo enseñó con su palabra y con su ejemplo: ahí es donde se desarrolla ese espíritu superior, donde se establecen esos grandes principios de perfeccion cristiana; ahí es donde se quita la máscara al mundo y se descubren todas sus ilusiones, falsedades y engaños para hacerlo odioso al corazon humano; ahí es donde se revelan de lleno las excelencias y ventajas de la pobreza, de la obediencia y de la castidad virginal; ahí es donde la palabra infalible de todo un Dios ofrece ciento por uno y despues la gloria al que todo lo deja por su mas perfecto servicio, desprendiéndose de sus personas mas allegadas y negándose completamente á sí mismo (15). Si el protestante no lo comprende así, ni se llena jamás de estos sentimientos, ni sabe apreciar el valor de nuestro estado monástico, es porque no entiende lo que lee en el Santo Evangelio, porque carece de su fé, porque no ha recibido del cielo ese

don divino que nos da con la ciencia de la virtud, el amor á ella y el esfuerzo superior de que necesita el corazon humano para practicarla; por eso se conserva en tinieblas en medio de la luz, con la Santa Escritura en la mano sin conocer la verdad, y nunca podrá conseguir un triunfo tan completo del mundo cómo el que estamos admirando en esta jóven.

¡Ay cuánto debe regocijarse por él la sociedad! porque los resultados inmediatos de esta grande victoria son precisamente en beneficio de ella. Estadme muy atentos, porque es de gran importancia esta materia que corresponde á la

SEGUNDA PARTE.

¡Qué idea da tan menguada de su fé el hombre que mira como una sobrecarga de la sociedad los institutos monásticos, y pretende suprimirlos como inútiles, y hasta hay quien dice nocivos á los grandes intereses sociales! Así blasfeman muchos de lo que ignoran, segun la frase de los libros santos (16) y su ignorancia es hija de la bajeza de sus almas, porque el hombre animal, dice el Apóstol, no puede comprender los bienes del espíritu (17) por mas que ellos estén en relacion íntima con el mundo social, como que son la fuente de su prosperidad y de su gloria.

¿Qué otra cosa son los institutos religiosos, que

figuran en primera línea en la Iglesia católica, sino unos modelos prácticos de la virtud del Evangelio, donde salta á los ojos la soberana excelencia de esos altos principios morales, que para regenerar al mundo, para formar las costumbres de los hombres y constituir sobre bases sólidas la sociedad, vino del cielo á enseñarnos Jesucristo? Ahí es donde se ostenta en todo su valor el principio de autoridad, porque las almas que profesan la vida religiosa no viven sino de obediencia, no dan un paso, ni conciben una determinacion sin contar para ello con la voluntad superior de que dependen. Ahí es donde la abnegacion propia se nos presenta tocando sus últimos extremos, porque las personas que se consagran solemnemente al Señor hacen una víctima de sí misma por medio de sus votos religiosos, y todo el curso de su vida regular es la consumacion perenne del sacrificio, que ofrecen en el acto de su profesion. Ahí se nos muestran á competencia la abstraccion del espíritu y el trabajo material, el desinterés, el generoso desprendimiento de la propia fortuna, la mortificacion, la modestia, la paciencia y la caridad. Todas las virtudes, en una palabra, descuellan en esos asilos de la religion en su grado mas perfecto, hablando al corazon del hombre con una elocuencia y una uncion verdaderamente divina, que por necesidad hace grandes impresiones en el alma.

Del fondo de los claustros sale una voz llena de

vida, la voz irresistible de la virtud predicando á los hombres subordinacion y obediencia, llamándolos á la senda de la ley, al cumplimiento de sus deberes religiosos y sociales, á las obras de caridad y de penitencia, á la meditacion de los años eternos, que es el mejor antídoto de los vicios, al santo ejercicio de la oracion, que es la verdadera escuela de moralidad, donde se forman los corazones justos, y se dispone el hombre á la práctica de todas las virtudes. Lo que no se aprende en los libros, señores, ni en la boca de los oradores mas elocuentes, nos lo enseña la simple vista de un claustro; la fragancia de virtud que derraman de sí estas casas religiosas perfuma la atmósfera corrompida del siglo, y nos hace respirar el aire puro de la moral evangélica. Solo con pensar en lo que es un instituto monástico se siente ya el alma retraida del vicio y movida á la virtud.

Y si no decidme, ¿no experimentais ahora mismo estas felices impresiones en vuestra alma? ¿Cuando mirais á esa jóven vestida con el hábito de la religion, renunciando las comodidades y los bienes que disfrutara en el mundo, por la obediencia, la pobreza y la castidad del Evangelio, obligándose solemnemente á vivir hasta la muerte abrazada con la Cruz de Jesucristo, cuando fijais la vista en este cuadro tan profundamente significativo, tan patético, tan interesante, no os avergonzais de vosotros mismos, ni os llenais de confusion por vues-

tros pecados que os echa en cara la conciencia, mostrandoos toda su deformidad al traves de tanta virtud? ¿no sentís vuestro corazon como queriendo desprenderse del amor de las cosas terrenas y fijar sus afectos en las celestiales? ¿no os encanta tan delicada virtud y acaso hasta con lágrimas pedís al Señor que os la conceda, que os comunique algo siquiera de ese elevado espíritu de justificacion, para que al menos sean arregladas á la ley vuestras obras?

Veis cuan grande es el bien que á la sociedad resulta de los institutos religiosos? Son todos ellos verdaderos principios fundamentales de órden, y por consiguiente de gloria y prosperidad: son como otros tantos elementos de virtud que se derraman en el cuerpo social para contrarestar la corriente impetuosa de los vicios y promover la justicia del Evangelio en el corazon humano. Cada una de esas almas privilegiadas, que á manera de lámpara de la caridad divina se coloca en el santuario para arder el dia con la noche en el amor santo de su Dios, es como un faro brillantísimo que alumbra la inteligencia humana mostrándole la santidad del Evangelio, en que se encierra el gran tesoro de la felicicidad social: porque no son las armas, señores, ni los intereses materiales, ni el progreso indefinido de las artes, ni la actividad del comercio lo que hace grandes y felices á los pueblos, segun la enseñanza de la divina revelacion (17), sino la jus-

ticia sobrenatural, en que se comprenden todas las virtudes cristianas: esa es la que levanta á su mayor altura las naciones, al modo que el pecado las llena de males y de desórdenes, con los cuales es incompatible la gloria y la felicidad.

Tanta es, señores, la importancia del monacato en la vida social, y ved por qué los enemigos del órden quieren acabar con los institutos religiosos como con los Sacramentos y con la Iglesia católica, porque encuentran en ellos un obstáculo insuperable para su obra de perdicion. Es bien seguro, señores, que si los pueblos en masa se acercaran de continuo á oir el lenguage de nuestros claustros y estudiaran su manera de vivir, se conservarian firmes sobre sus bases fundamentales, sin que jamás se desarrollaran en su seno esas pasiones violentas que ocasionan la ruina de la sociedad.

¡Oh y qué bien lo entendieron aquellos célebres monarcas que consumieron grandes sumas en la fundacion de casas religiosas, mirándolas como los mejores apoyos de su trono, como los baluartes del Evangelio, que habian de asegurar en sus dominios el órden y la felicidad! ¡Desgraciada sociedad la del siglo diez y nueve que se divorcia de estos santos institutos; por eso la virtud no se conoce en su seno, los vicios la dominan, y arrastrada por sus propios desórdenes, á pasos agigantados va caminando al abismo: toda su pompa vana, y su riqueza, y sus títulos de gloria son como los brillantes ador-

nos que cubren la urna funeraria en que un cadáver hediondo es conducido al sepulcro.

Qué dices tú á esto, nueva esposa del Señor? que para evitar la ruina de la sociedad, para que no venga sobre ella el cataclismo que amenaza profesas tú hoy este religioso instituto? que en este acto solemne le ofreces una tabla de salvacion llamando con tu ejemplo los hombres á la senda de la virtud? Sí; este es el resultado inmediato de la victoria insigne que consigues del mundo por tu fé. Y esto acredita, Señores, que aun no se han cumplido los plazos de la misericordia, que aun vela la Divina Providencia por nosotros, cuando conserva estas casas religiosas. Démosle gracias por ello, hermanos mios, y si en nuestras almas se abriga el verdadero patriotismo, el celo por los intereses sociales, pidamos al cielo que los institutos monásticos, lejos de concluirse, se propaguen por todo el mundo, á fin de que el resplandor de su virtud disipe las tinieblas de tantos vicios, y en ellos y por ellos se salve la sociedad.

Se salve la sociedad dije, Señores, y es menester que haya perdido enteramente la fé el hombre que no mire nuestros monasterios como verdaderas moradas de salvacion para el mundo, no solo por la influencia que su virtud ejerce en el corazon humano, sino tambien y muy principalmente por el poder que tienen delante de Dios para contener los rayos de su indignacion, que á toda hora provoca el

mundo con sus desórdenes. Nada mas recomendado en la Santa Escritura que el valor de las oraciones del justo, lo propicio que se manifiesta siempre el cielo á sus plegarias, aun en favor de los mas grandes pecadores. Sin necesidad siquiera de que oren, su sola presencia contiene las iras de Dios: diez justos, nos dice el sagrado libro del Génesis, (19) hubieran sido bastantes para impedir la desolacion de las ciudades nefandas, que devoró en un instante, el fuego de la indignacion divina en castigo de sus abominaciones.

¡Ay, Señores, cuántas veces hubiéramos perecido nosotros á no ser por estas almas justas! ¿Son por ventura nuestros pecados menores que los de aquellas poblaciones desventuradas? Abrid, sí, el libro grande de la historia, registrad todas sus páginas, consultad sus épocas, y decidme si hubo jamás en el mundo mas disolucion, mas pecados, mas impiedad, mas olvido de Dios, mas ensañamiento en el corazon del hombre contra la Divinidad; y sin embargo parece como que Dios se desentiende de nuestros crímenes, nos tolera en el lleno de nuestra iniquidad, nos dispensa grandes beneficios; si nos castiga de vez en cuando, siempre brilla en el castigo mismo su misericordia. Este fenómeno lo vemos todos; pero no lo estudiamos, é interesa mucho á la causa de la religion que conozcamos la verdadera razon de él. Es porque con el justo de los justos, que por nosotros se inmola sobre el ara santa,

se inmolan tambien muchos justos, muchas almas inocentes, muchas vírgenes castas: y sus penitencias y sus lágrimas, sus delicadas virtudes y fervorosas oraciones mezcladas con la sangre del Cordero forman una hostia tan agradable á los ojos del Altísimo, que templa el fuego mas encendido de su cólera, y mueve su misericordia á concedernos nuevos plazos, y en ellos mayores auxilios y beneficios para ganar nuestra alma.

¡Dónde están pues, los que dicen que las monjas son inútiles, que deben suprimirse los claustros, porque esa vida de retiro y mortificacion no está en armonía con los adelantos de la inteligencia y con los grandes intereses sociales! ¿lo veis, hermanos mios? ¿veis como los que pronuncian tales blasfemias no saben lo que se dicen, tan faltos están de razon como de fé, no conocen la historia sagrada ni la profana, ni entienden siquiera el lenguaje de su propio corazon, que nos esplica muy bien con sus sentimientos lo que vale una monja á la sociedad? ¡Ay, cuántas veces hasta los hombres al parecer mas descreidos viéndose en graves conflictos, despues de apurar todos los recursos humanos, se llegan á un convento de monjas pidiendo las oraciones de las religiosas en remedio de su necesidad. Ahí teneis en esos momentos supremos en que el hombre no sabe fingir, en que la impiedad y el filosofismo no pueden ahogar dentro del pecho los instintos de la verdad, ahí te-

neis al corazon derramando sus sentimientos mas íntimos por los lábios, poniéndose al lado de la razon y de la fé, para dar testimonio de que la victoria que alcanza una monja del mundo, renunciándolo por Dios, resulta en primer término en beneficio de la sociedad, á quien ella en el claustro edifica con su ejemplo y favorece con su oracion.

Y todavía, señores, el religioso instituto en que profesa hoy esta distinguida jóven dá un paso mas avanzado en beneficio de la sociedad. Está dedicado á la educacion cristiana, (20) que es el primer elemento del órden, el mayor bien de la sociedad: sin educacion cristiana la sociedad, la verdadera sociedad, la única digna de este nombre no puede ni aun concebirse. Las leyes son inútiles, las mejores providencias de gobierno son el juguete de nuestras desordenadas pasiones, cuando la virtud no está entrañada en nuestra alma, y sola la educacion cristiana es la que posee el gran secreto de hacer virtuoso el corazon humano. Sin educacion cristiana la mujer es una piedra de escándalo en todas partes, el hombre un elemento pernicioso, que por do quiera lleva consigo la ruina y la perdicion.

Ved pues, el bien inmenso que resulta á la sociedad del triunfo que acaba de conseguir la Señorita Doña María de los Dolores Martinez, profesando el religioso instituto de Nuestra Señora de Loreto: ahí se ha encerrado para formar el corazon de las niñas, para llenarlas del santo temor de Dios,

para prevenirlas contra el desarrollo de las pasiones, que á tantas arrastran á los mas criminales escesos en los dias aciagos de la juventud, para sembrar en sus almas la preciosa semilla de todas las virtudes é inspirarles un amor tan grande á la religion, que las haga siempre exactísimas en el cumplimiento de sus deberes: ahí se ha encerrado para formar jóvenes modestas, que sirvan de freno á las pasiones mas desalmadas del hombre, zelosas madres de familia, que conviertan sus casas en escuelas de moral y religion. Tanto bien hace á la sociedad este religioso instituto, tanto bien se propone dispensarle esta virtuosa jóven á costa de inmensos sacrificios; porque aparte de los que se encierran en la vida monástica, son muchos, estraordinarios los que hay que consumar en esa obra interesantísima, de que tanto se resiente á veces aun el amor de los mismos padres, que es el mas sufrido que se conoce en el mundo.

Nada hay, señores, mas difícil que formar el corazon humano, cercenar de él todas las malas inclinaciones, que se van desarrollando en nosotros con la misma fuerza que la vida, acostumbrarlo á la práctica siempre ardua de la virtud, y llenarlo de los conocimientos y disposiciones que convienen á su clase y á su sexo, para que pueda ser útil á la sociedad en los diferentes estados y condiciones de la vida. Todo esto, que entra en el plan de una educacion cristiana, es á lo que se obliga solemne-

mente Sor María de los Dolores Aloisia, mientras dure su vida, no por interés, como siempre obra el mundo, sino por virtud, por amor á Dios y á su prójimo. ¡Cuántos títulos para ganarse la estimacion de la sociedad, por cuyo bien se desvela y sacrifica!

¡Y de tanta virtud, señores, cuál es la recompensa! ¿Cuáles son los bienes que, triunfando del mundo por medio de su profesion religiosa, alcanza para sí esta vírgen del Evangelio? Yo siento molestar mas vuestra atencion; pero me queda por esplicar este punto interesantísimo, que forma la tercera parte del discurso.

TERCERA PARTE.

Dice muy bien S. Pablo (21) que el ojo no vé, ni el oido oye, ni el corazon del hombre comprende cuán grandes son los bienes que Dios regala con mano pródiga á el alma fiel, que llena de su santo temor le sirve con toda su existencia, sin separarse jamás de la senda de la ley. Este es en efecto un secreto reservadísimo que el mundo no conoce, ni la lengua humana, aun favorecida del cielo, puede explicar competentemente. Solo á la experiencia es dado conocer cuantos sean los bienes que forman la felicidad y la gloria del justo; por eso el mismo Dios nos convida con ella para conocerlo, *gustate et videte quoniam suavis est Dominus, beatus vir qui sperat en eo*, gustad, dice, y vereis cuán dulce

es la posesion de Dios, cuán feliz el hombre que en él coloca sus esperanzas (22).

Oh! y si tu, alma dichosa, nos revelaras ahora este gran secreto, si nos dijeras hablando el lenguaje del corazon lo que sientes, lo que has esperimentado en esta casa religiosa, lo que despues de siete años de esperiencia te mueve hoy á decir con esa resolucion tan espontánea, tan decidida y tan heróica, que pasma la razon humana, quiero obedecer y ser pobre y vírgen hasta la muerte ¡ah! ¿nada dices? ¿ni aun siquiera despliegas los labios? pues tu semblante lo dice todo; con la modestia de la virtud está rebosando por el rostro la satisfaccion cumplida que goza el alma, y en todas tus demostraciones y movimientos se descubre una dignidad sin afectacion, que revela el señorío del espíritu, cual corresponde al triunfo que hoy alcanzas de los enemigos de nuestra justificacion.

Dijo Jesucristo Nuestro Señor á sus discipulos que el reino de Dios está dentro de nosotros, *regnum Dei intra vos est*; (23) porque cuando el hombre se llama al interior, y allí oye la inspiracion divina, y se entrega á ella cumplidamente, no viviendo sino para el cielo, llenando en todo la voluntad del Señor, entonces reina Dios en él, y en ese hombre en que Dios reina todo es grandeza y felicidad. Ved pues ahí la suerte óptima de Sor María de los Dolores Aloisia: no solamente consiste en la remuneracion magnífica que á sus grandes sacrificios es-

tá preparada en el cielo, cuya sola esperanza bastaba sin duda para hacerla en el mundo feliz (segun lo predica el padre san Gregorio) (24) no solo consiste en la brillantísima corona de su virginidad, conque la convida el celestial Esposo para agregarla al coro privilegiado de su gloria, que acompaña al Cordero por do quiera que camina, y entona en su honor un cántico de alabanza, que ningun otro de los bienaventurados puede pronunciar. (25) No solo consiste la felicidad y la gloria de esta nueva Esposa de Jesucristo en esos bienes futuros, que han de formar su suerte en la eternidad; no: es ella grande y feliz desde este mundo, porque Dios reina en su alma, en el hecho de haberse ella abrazado con su cruz: y lo que realmente es este venturoso reinado de Dios con el alma, en tres palabras nos lo ha revelado el Apóstol. *Regnum Dei est justitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto.* (26) Este reinado es la justicia, el admirable concierto que guardan las pasiones sometidas á la razon y la razon subordinada á la ley: la situacion sublime que vienen á crear los sentidos del cuerpo y las potencias del alma viviendo de la fé, de la contemplacion íntima de Dios, que comunica al espíritu sus perfecciones soberanas, llenando la inteligencia de su conocimiento y el corazon de su virtud: el señorío del alma que dominando todos los apetitos desordenados, y dando á Dios, al prójimo y á sí misma lo que á cada cual corresponde, nos levanta á la altura de nues-

tra creacion, pone al infierno debajo de nuestros piés, hace que los ángeles nos sirvan, y que Dios, complacido de nuestra conducta, derrame sobre nosotros una bendicion copiosísima de sus dones celestiales que, sobre coronarnos de gloria, lleva adelante la obra de nuestra justificacion, y hace completa nuestra felicidad. Todo esto y mucho mas que la razon no alcanza ni puede espresar la lengua humana, se encierra en la justicia sobrenatural que constituye en nosotros el reinado de Dios.

Como consecuencia de esta disciplina interior que aleja del alma el pecado y aun los menores defectos, es la paz del corazon (27) paz de otro género que la que se conoce en el mundo, (28) paz que excede á nuestros mismos deseos, (29) porque sus impresiones dulcísimas nos regalan y satisfacen sobre lo que pudiéramos apetecer y hasta imaginar: paz que ni alteran los apetitos, que nada mas quieren sino lo que Dios quiere, ni perturba la conciencia, que no tiene porqué reprender á quien en todo busca y hace la voluntad de Dios; paz que proporciona á el alma un placidísimo reposo en el corazon del mismo Dios, donde se estrechan las comunicaciones recíprocas, y abundan los gozos en el Espíritu Santo, verdaderos consuelos de gloria, que anticipan á el alma su eterna felicidad: tanto quiere dar á entender san Pablo cuando dice que el reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Epíritu Santo.

¡Ay, cuán justamente llama el profeta bienaven-

turadas las almas inocentes que nunca se manchan con la culpa, que siempre caminan por las sendas rectas de la ley de Dios. (30) Porque, señores, no puede concebirse mayor bienaventuranza que ese agregado tan excelente de bienes, que trae consigo el imperio de Dios sobre nuestro espíritu; *justitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto*.

Tan rico es el patrimonio deese alma afortunada, que ha sabido corresponder fielmente á la vocacion del cielo. Por las riquezas que deja en el mundo, por las comodidades y los placeres que renuncia, recibe de la Divina munificencia en el acto mismo de su profesion, esos bienes de valor inestimable, que nadie sobre la tierra le puede arrebatar: esos bienes que la adversidad no destruye, ni pierden su dulzura en el lecho del dolor: esos bienes que se sobreponen á todas las vicisitudes del tiempo, que traspasan los límites de la vida presente y entran con el alma en la eternidad.

Porque tú lo sabes muy bien, nueva esposa del Señor, porque lo tocas en tu propia esperiencia, te manifiestas tan satisfecha de tu suerte, prefieres ese hábito humilde que te impone la religion, á todas las galas del mundo, y no cesas de repetir entre accesos santos de caridad divina, mientras vosotros, hombres del siglo, codiciais todo lo terreno sin suspirar jamás por el cielo; yo me gozo y siempre me gozaré en el Señor; y me llenaré de júbilo, abrazada con mi Jesus dulcísimo, como esposo amado que lle-

na de consuelo mi corazon. *Ego autem in Domino gaudebo et exultabo in Deo Jesu meo.* (31) Todo cuanto el mundo ama, cuanto ofrece y regala á los míseros mortales, me parece un estiércol inmundo comparado con los bienes del cielo, que yo poseo en mi interior: por ellos consumaré siempre de buen grado los sacrificios mas costosos, que pueda Dios exigirme en la senda de la virtud: no rehuso los trabajos, ni temo las persecuciones, ni me asusta la muerte: á todo estoy dispuesta, de todo me considero capaz con la gracia del Señor: todo lo padeceré y lo sufriré, confortada con la vista de su cruz, antes que perder su reinado en mi alma, que es un banquete perenne de gloria y de felicidad.

Este es el lenguage propio de los claustros, señores; así piensan y hablan estas almas favorecidas del cielo, que encuentran un tesoro infinito de bienes y de merecimientos en su virtud. ¡Cuán de otra suerte se expresan el hombre de este siglo y la muger mundana! En el colmo de su grandeza y de su dicha siempre derraman lágrimas, siempre se manifiestan inquietos, recelosos del porvenir, acosados de sus apetitos, perseguidos de sus remordimientos, y al cabo ó un golpe de la adversidad desbarata su fortuna, envolviendo el alma en la desolacion, ó la muerte los arranca del centro de ella, precipitándolos en la eternidad con indecible angustia y horror: mientras estas almas justas, recostadas dulcemente sobre el lecho de la mortali-

dad, esperan con plácida sonrisa al Juez Eterno, trayendo en sus manos la corona del triunfo, que alcanzaran del mundo por su fé: *hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra.*

Tan magníficos son, señores, los últimos resultados de esa gran victoria para el alma feliz que la alcanza. Por haber vencido todas las concupiscencias del siglo, como las venció Jesucristo en la cruz, abrazada con ese árbol de vida, verdadero instrumento de su triunfo, sube al cielo, y allí se sienta junto al Salvador en su propio trono, para reinar con él eternamente (32).

¿Comprendeis ahora, hermanos mios, todo lo que hay de grande é interesante en esta solemnidad religiosa? Un triunfo alcanzado sobre el mundo por una jóven cristiana, á favor de la fé, que Dios infunde y desarrolla en su alma por el ministerio de la Iglesia católica, con ventajas incalculables de la sociedad, que se mira favorecida por su virtud en sus mas grandes intereses y colmada de proteccion, y con dicha consumada de la misma jóven vencedora, que nada tiene que apetecer ni en la tierra ni en el cielo, porque en su suerte óptima se contiene su mayor gloria y felicidad.

Lo que esto dice en honra y gloria de la Iglesia católica, donde exclusivamente se obran prodigios tan grandes de virtud, en favor de los institutos religiosos, que vienen á ser como el teatro donde se representan escenas tan interesantes, y en recomen-

dacion de la ilustre jóven, que sirve de instrumento á tantas maravillas, bien encarecido queda en el cuerpo del discurso; pensadlo allá vosotros, hermanos mios, meditadlo en el santo recogimiento de vuestro espíritu, para que cumpliendo el encargo del Apóstol *reddite omnibus debita, cui tributum tributum, cui honorem honorem* (33) honreis á cada cual como corresponde, como lo reclama el complicado é importante asunto que me acabais de oir.

Y ahora bendigamos al Señor de lo mas íntimo de nuestra alma, porque infundiendo su fé en esta distinguida jóven la ha hecho triunfar del mundo, en gloria de la religion y en bien de la sociedad. Congratulémonos con ella por su triunfo, y aprovechándonos del poder de su oracion, encomendemos á sus plegarias los grandes intereses que vemos hoy combatidos por las tinieblas. La causa de Dios y de las almas, el triunfo de nuestra fé católica, la prosperidad de la Iglesia, la restauracion de los derechos de la Santa Sede, la estirpacion del error y del vicio, la reforma de las costumbres, la perfeccion del sacerdocio, la victoria completa del espíritu sobre la materia, que haga servir todos nuestros adelantos y progresos, no al abominable sensualismo, que tan rebajada tiene la dignidad del hombre y llena de inmundicia la sociedad, sino á los grandes intereses de esa principal sustancia, en que alcanzamos la divina semejanza, y que no puede ser grande y feliz si en todo no se parece á su Dios.

Ahí tienes, alma privilegiada, materia abundante de oracion; sobre esos males gravísimos deben derramarse tus lágrimas; esas son las graves necesidades que debes presentar al Señor, demandando para ellas el remedio, sin que por esto te olvides de otras particulares que reclaman tu oracion. Tus padres difuntos, tus hermanos, parientes, bienhechores y amigos, tus hermanas de religion, los fieles de esta Iglesia católica, su virtuoso clero, su dignísimo Prelado, á cuya infatigable solicitud debes en mucha parte la consumacion de esta obra, todos estos tienen derecho á tus plegarias: por todos pues debes rogar, para que participen de tu gran victoria, para que conservemos íntegro el depósito de nuestra fé, y triunfando con ella del mundo y de los enemigos de nuestra justificacion, entremos llenos de júbilo en la patria feliz de la inmortalidad, donde reunidos en venturosa compañía reinemos con Jesucristo y cantemos sus alabanzas por una eternidad.

CITAS Y NOTAS.

Plan de este Sermon, acomodado á las circunstancias del siglo en que vivimos, y de la ciudad en que se celebró esta fiesta religiosa.

Demostrar por medio de la profesion religiosa la excelencia de la Iglesia Católica, que con la influencia divina de su fé obra los grandes prodigios de virtud que se encierran en la práctica de los consejos evangélicos, á diferencia del Protestantismo, cuya fe, como puramente humana, no alcanza á formar tan elevados sentimientos en nuestra alma, haciendo valer en el cuerpo de la demostracion la importancia del estado monástico, que por las mismas virtudes que desarrolla en su seno, ofrece bienes inmensos á la sociedad, y hace cumplidamente feliz á la persona que lo profesa.

(1) S. Mat. c. 16, v. 24.

(2) Ep. ad Rom. c. 10, v. 17.

(3) Ep. ad Rom. c. 1, v. 17.

(4) Ep. ad. Gal. c. 2, v. 20.

(5) La señorita doña María de los Dolores Martinez ha hecho su profesion religiosa en la edad de veinte años, tomando en la religion el nombre de Aloisia, por su entrañable devocion al angélico jóven San Luis Gonzaga.

(6) Ep. 1, ad Cor. c. 11, v. 19.

(7) S. Mar. c. 16, v. 16.

(8) Sal. 117, v. 23.

(9) Ep. 1, ad Cor. c. 7, v. 34.

(10) La señorita doña María Dolores Martinez vino de Málaga á Gibraltar hace unos siete años, cuando solo contaba ella trece de edad, y entonces entró para ser educada en el colegio monasterio de Nuestra Señora de Loreto.

(11) Recelando el tutor y los parientes mas allegados de la señorita doña María Dolores Martinez, que el deseo que manifestaba de abrazar la vida religiosa fuera, lo que se llama vulgarmente una fervoretada de espíritu, concebida sin reflexion, sin experiencia del mundo, sin estudio de sus particulares circunstancias, efecto de su poca edad y de la clase de educacion que habia recibido, tuvieron con ella conferencias muy repetidas y sérias para esplorar á fondo su voluntad, y hacerla conocer todas las consecuencias funestas que podia tener para ella una resolucion de aquel género, si realmente no era Dios quien la llamaba á la religion. Mediaron consultas con personas muy notables de la ciudad de Málaga. Se comi-

6

sionaron algunas para examinar detenidamente este delicado asunto. Hasta se trató de sacarla del monasterio, para ver si variando de objetos y entrando en comunicacion con el siglo mudaba su voluntad; pero todo cuanto se hizo con este objeto fué inútil; cada vez se manifestó mas decidida, mas firme en sus santos propósitos, con la precision propia de su claro talento dió á conocer perfectamente que sabia muy bien lo que hacia, y con esa fuerza de voluntad que Dios infunde en las almas, cuando las llama para sí, dijo repetidas veces que por mas pruebas á que quisieran sugetarla nadie conseguiria separar su corazon del instituto de Ntra. Sra. de Loreto, donde habia resuelto consagrarse para siempre al Señor.

(12) La señorita doña María de los Dolores Martinez es hija de don Valentin Martinez, rico propietario de Málaga, por cuyo fallecimiento ha venido á corresponderle un caudal bien considerable.

(13) S. Mat. c. 11, v. 25.

(14) Sal. 131, v. 14.

(15) S. Mat. c. 19, v. 29.

(16) S. Jud. c. 1, v. 10.

(17) Ep. 1, ad. Cor. c. 2, v. 14.

(18) Prov. c. 14, v. 34.

(19) Genes. c. 18, v. 32.

(20) El instituto de Nuestra Señora de Loreto pertenece á la compañía de Jesus, uniéndose en él la perfeccion de los votos religiosos perpétuos y la rigorosa observancia de la vida regular, con el ejercicio de la enseñanza. Las monjas que actualmente componen el Monasterio de Gibraltar son procedentes de Dublin, capital de Irlanda: de allí vinieron á la dicha ciudad por la solicitud infatigable del Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Scandella, Obispo de Antinoe, su dignísimo Vicario Apostólico, que no ha perdonado medio ni sacrificio para formar con esta comunidad un colegio modelo de los de su clase, donde se dá á las niñas una educacion brillantísima, y sobre todo profundamente religiosa.

(21) Ep. ad. Cor. c. 2, v. 9.

(22) Sal. 33, v. 9.

(23) S. Luc. c. 17, v. 21.

(24) S. Greg. lib. 6 moral.

(25) Apoc. c. 14, v. 3.

(26) Ep. ad. Rom. c. 14, v. 17.

(27) Sal. 118, v. 165.

(28) S. Joan. c. 14, v. 27.

(29) Ep. ad. Philip. c. 4. v. 7.

(30) Sal. 118. v. 1.

(31) Habac. c. 3, v. 18.

(32) Apoc. c. 3, v. 21.

(33) Ep. ad. Rom. c. 13, v. 7.